

—¡Tanto gusto en saludarla!
—¡Tanta dicha en conocerla!
—Cuénteme entre sus amigas
más cordiales y sinceras.

—¿A ésta saludas afable,
tú, que despreciaste a aquélla?
—Es claro. Entre la una y la otra
existe gran diferencia.
Ésta engaña a su marido,
pero está casada en regla.

¿PARA QUÉ?

¿PARA QUÉ?

Mujeres, vino, juego: tres placeres
a los que mi existencia consagré,
despreciando consejos y deberes.
De jugar y beber me retiré.
De lo otro, no. De lo otro, ¿para qué?
Ya me irán retirando las mujeres.

JUICIO CELESTIAL

JUICIO CELESTIAL

(CUENTO)

I

Allá en los altos cielos
era día de juicio.
En tres amplios sillones,
que fueron construídos

por las manos excelsas
de San José bendito,
sentábanse la Virgen,
San Juan y Jesucristo,
en Tribunal Supremo
los tres constituídos.

La mesa, en que los jueces
tomaban, por escrito,
noticia de las culpas,
era hecha de un zafiro.

Jesús la presidía.
San Juan cumplía oficios
de escribano y la Virgen
de defensor.

Contrito
cada presunto reo
aguarda el veredicto.

Todo en los pecadores
es aficción, suspiros,
temores bien fundados
al eterno castigo.

Entre aquéllos, sereno,
incommovible, altivo,
yergue su cara enjuta
un fraile capuchino.

Fué durante su vida
de virtudes prodigio.

Desgarraron sus carnes
cordeles y cilicios.

De sus ayunos muestra
daban los labios lívidos,
las ojeras profundas,
el pellejo amarillo,
sin carnal intermedio
a los huesos unido.

Nada contra él lograron
las mañas y artificios
del diablo. Contra toda
tentación fuerte se hizo.
A los cielos llegaba
de polvo y paja limpio.

Son los diez mandamientos,
código en este juicio.
San Juan va transcribiendo
sobre un ancho papiro,

de cada procesado
las faltas y delitos.

El Tribunal entiende
del mandamiento quinto,
cuando entra por la sala
de actos un angelito.

Habla el ángel muy quedo
de Jesús al oído.

Jesús queda al oírle
conturbado, mohino,
y a su madre y al bello
apóstol favorito
les dice, procurando
no ser por nadie oído:

— Señora, Juan: El Padre
celestial me da aviso
de que en el Purgatorio
hay huelga de precitos.

Me manda que en persona
acuda yo al conflicto,

por si logro traerles
a un concierto pacífico.

Voy porque esos huelguistas
son harto levantiscos
y armar pueden abajo
una de Dios es Cristo.

Vendré pronto. A mi vuelta
seguiremos el juicio.

II

Apenas el Dios mártir
abandonó el recinto,
todos los pecadores
—menos el capuchino—

cayeron a las plantas
de la Virgen. Con gritos
y sollozos y lágrimas,
y contorsiones e hipos,
a sus pies se arrastraban,
besando sus vestidos...

—¡Por caridad, señora
—decían—, que tu auxilio
nos saque bien del trancel
¡Si no, estamos perdidos!

En aquel mandamiento
que va detrás del quinto
todos tenemos culpa,
ninguno estamos limpio.

—¡Yo!— gruñe por lo bajo
el padre capuchino,
mientras sus compañeros
arrecian en suspiros
y súplicas y llantos
y voces y gemidos.

—¿Qué es lo que por vosotros
puedo hacer, hijos míos?
—¡Todo! Que cuando torne
a su sitial tu Hijo,

le hagas creer que el sexto
mandamiento fué visto
y anotado; que al séptimo
pasemos desde el quinto.

¡Sálvanos del infierno,
tú, de bondad prodigio;
tú, de los pecadores
y los tristes, asilo!...—

Conmovidá la Virgen
por tales ruegos, dijo:
—No es el empeño fácil.
Es poco olvidadizo
mi Jesús; pero, vaya,
veré de conseguirlo.

Como él no haga memoria
cabal de lo ocurrido,
al mandamiento siete
iremos desde el cinco.

III

En la sala de audiencia
volvió a entrar Jesucristo.

De la huelga venía
ceñudo, distraído,
con las manos crispadas
sobre el manto de armiño.

Tomó asiento; un instante
quedóse reflexivo,

y con el pensamiento
en otros puntos fijo
le preguntó a su Madre:
—¿Qué mandamiento dimos
por rematado cuando
se interrumpió el juicio?

— El sexto.

— Pues al otro
vayamos de seguido. —

Y fueron y pasaron
al séptimo, del quinto.

Mesándose las barbas
el padre capuchino
decía por lo bajo,
remordiéndolo el cilicio,
rasgando con las uñas
su pellejo amarillo:

— ¡Ay, si esto que sucede
lo hubiera yo sabido!...

CONSEJO, O LO QUE SEA

CONSEJO, O LO QUE SEA

Te voy a dar un consejo
que aprendí, para mi daño,
un día en que me hice viejo
a causa de un desengaño:

Si quieres a una mujer,
quírela de tal manera
que la dejes de querer
antes que ella no te quiera;

porque con esto de amar
sucede lo que al reñir:
es necesario matar,
o es necesario morir;

y el que no es tonto, prefiere,
siempre que de esto se trata,
al golpe de que se muere
el golpe con que se mata.

Porque al que mata lo encierran,
pero lo indultan después;
y al que se muere, ¡ya ves!,
al que se muere lo entierran.

Aquí tienes el consejo
que aprendí, para mi daño,
un día en que me hice viejo
a causa de un desengaño.

ENTRE MAJOS ⁽¹⁾

(1) Parte de este diálogo fué escrita en colaboración con don Pedro de Répide.



ENTRE MAJOS

Por la puerta del mesón
que tiene la *Resalada*,
regalo de un cierto duque,
que si la goza, lo paga,
asoma del *Remellao*
la faz insolente y chata.

Sombrero de medio queso
sobre su nuca descansa,
dejando al libre unas greñas
muy sucias, pero muy largas.

Envuelto va en un harapo
con pretensiones de capa;
más zurcidos hay en él
que de su dueño en la cara,
y eso que el hombre la tiene
recosida con navaja.

Bajo del harapo asoman
dos enflaquecidas zancas
calzadas por unas medias
que, a puros puntos, se marchan.

Si alguien pregunta que cómo
un majo de rompe y rasga,
siendo más remiendo que hombre,
viene en busca de una maja,
baste decir que de Ceuta
arribó aquella mañana,
después de cumplir condena
por mor de unas puñaladas.

A quien de tal viaje torna,
no hay que pedirle elegancias.

La maja, en un artesón,
ropa enjabona y aclara
cuando el mesonil umbral
el *Remellao* traspasa.

De falda está recoleta;
de los brazos remangada;
entreabierta la camisa
sobre la dura garganta
y caído el rizado moño
contra los hombros de nácar.

Tose el majo; hacia el portón
vuelve sus ojos la maja;
con los ojos de él los de ella
tropiezan. Hay una pausa
en que los labios se encogen
y las pupilas se ensanchan.

Él descorre el embozo. Ella
pone los brazos en jarra.
Ella escupe, él gargajea,
y así el diálogo se entabla :

— Oiga la maja de rumbo
que llaman la *Resalada*.

— Dígame el majo de plante
a quien *Remellao* le llaman.

— ¿Puedo pasar?

— Hasta el sótano.

— Bueno es el zaguán.

— Pues vaya

diciendo cosas el majo.

— Pues oiga cosas la maja.

Sin duda me esperarías.

— Claro está que te esperaba.
Y de haber tenido tiempo
para preparar tu entrada,
hubieras entrao con música.

— Ni el Dios grande cuando pasa —
exclama él, y las diez uñas
en los costados se clava,
no por agujón de celos,
por agujón de alimañas.

Ella ve la acción, y dice:

— ¡Qué desasosegado andas!

¿Vienes picado?

— Hasta el hueso.

— Ya se ve en lo que te rascas.

— Loco estoy.

— ¡Jesús, Dios mío,
y qué enfermedad tan mala!

Cuídate.

— Loco, manola,
por tu cuerpo y por tu cara.
Mía has de ser.

— ¿Tuya sólo?

— No soy exigente.

— ¡Vaya,
menos mall

— Yo no me aparto
de la razón. El que tú hagas
tus asuntos, es asunto
que a mí no me ofende en nada.

Bueno que con petimetres
y usías vengas y vayas.

Esas cosas caen por fuera.
 Bueno que tú te des traza
 para que esté llena siempre
 de amarillas y de blancas
 tu bolsa, que ya por mía
 considero. Mas si tratas
 de favorecer a un majo
 sin dinero y sin crianza...

— Como tú.

— Si tal pretendes,
 yo te juro, por la honrada
 sangre que en mis venas corre,
 que en él y en ti haré venganza.

— Muy bien. Prosigue.

— Prosigo.

Ya sabes que mis hazañas
 de manolos y chisperos
 son romance; que las playas
 del Peñón, Melilla y Ceuta
 lista de mis hechos guardan;
 que con los naipes soy brujo,
 que soy Cid con la navaja,

que no hay ante mi ganzúa
 cerradura que no se abra,
 y que puesto en un caballo
 y empuñando una bocacha,
 el contrabando paseo
 del mismo rey en las barbas.
 Pues todo ello y otros ellos
 que mi modestia se calla
 y que habrá tenido en cuenta
 tu natural perspicacia,
 viene a ofrecerte este majo
 si accedes a ser su maja.

— No accedo.

— ¿Por qué?

— Pues, mira,

porque no me da la gana.

¡Malhayas tú, si quisiste
 ser de mi mosca la araña!
 ¿De qué valió tu cortejo
 a aquella moza de jácara
 que fué la trípallera
 principal de la Cebada,

y la comiste el mondongo
en menos que un gallo canta?

¿Y la *Pironda*? Una moza
que era la flor y nata
de las Vistillas, y luego
por culpa de tus andanzas
falleció de mal de sogá,
racimo de carne humana.

Yo desprecié los favores
del propio manco el de Ocaña.
Por mí los jaques más jaques
de Madrid y de la Mancha
han sido capaces siempre
de las empresas más bravas.
Y hubo uno, ¡tal me quería!,
que se lavaba la cara
siempre que venía a verme,
que era una vez por semana.

— Me creo que no tendrías
conmigo exigencia tanta.

— ¿No sabes tú que de un hombre
mi voluntad me hizo esclava,
y para dejar de serlo
licencia suya me falta?

— ¿El permiso del *Zocato*?
— Del mismo que viste y calza,
calzado, a expensas del reino,
con zapatos de Vizcaya.
De él necesito la venia;
si quieres, vete a buscarla.

— ¡Buscarla! — grita él sacando
de la faja una navaja
de ocho muelles, que al abrirse
suená como una carraca —.

¡Buscar su venia! — repite
dando al aire cuchilladas —.

Con este imán poderoso
del cuerpo se la arrancara,
si en las calles estuviera
cómo entre los presos anda.

— Esa no es razón.

— ¿No?

— ¡Claro!

Vete con esa navaja
a pelear con los hombres.

Riñe, pincha, pide plaza
al banderín de Melilla,
que es donde el *Zocato* se halla,
y arráncale la licencia
cuerpo a cuerpo y cara a cara.

— ¿Eso pides?

— Eso pido.

Si eres guapo, ve a buscarla.

— Pues oye: si no en Melilla,
que ir allí es faena mala
para quien tiene en la Audiencia
muchas cuentas atrasadas,
hoy en la presencia tuya
he de hacer proezas tantas,
que por Dios llorando pidas
lo que con burlas rechazas.

Sábelo, maja de rumbo
a quien llaman *Resalada*.

— Permíteme que me ría,
y si quiero a carcajadas,
que no sabe ser cobarde
la que del *Zocato* es dama.

Sépalo el majo de plante
a quien *Remellao* le llaman.

— ¿No me temes?

— No te temo.

— Pues la palabra es palabra.

— Pues hasta la vista, majo.

— Pues hasta la vista, maja

Y mientras ella le mira
puestos los brazos en jarra,
él con la mano derecha
el medio queso se cala,
con la siniestra el embozo
hasta los ojos levanta,
garraspea, tose, escupe,
da media vuelta y se marcha.